

PRIVATIZACIÓN Y ECONOMÍA NEOLIBERAL EN LA INGLATERRA DE THATCHER

Araceli Ibarra Bellón

Los recientes y trágicos acontecimientos en el Golfo Pérsico han opacado casi por completo la importancia de un cambio que en la Gran Bretaña acaparó la atención del público en la segunda mitad del mes de noviembre de 1990: la renuncia de Margaret Thatcher, gobernante con el mandato más largo desde el final de la Segunda Guerra Mundial (1979-1990). El poco tiempo transcurrido desde su renuncia impide tener la distancia suficiente como para otorgar imparcialidad y equilibrio a un juicio histórico; sin embargo, en la abundancia de material publicado en los últimos meses pueden encontrarse ya elementos esenciales para el análisis de una personalidad tan vigorosa y polémica.

LOGROS ECONÓMICOS

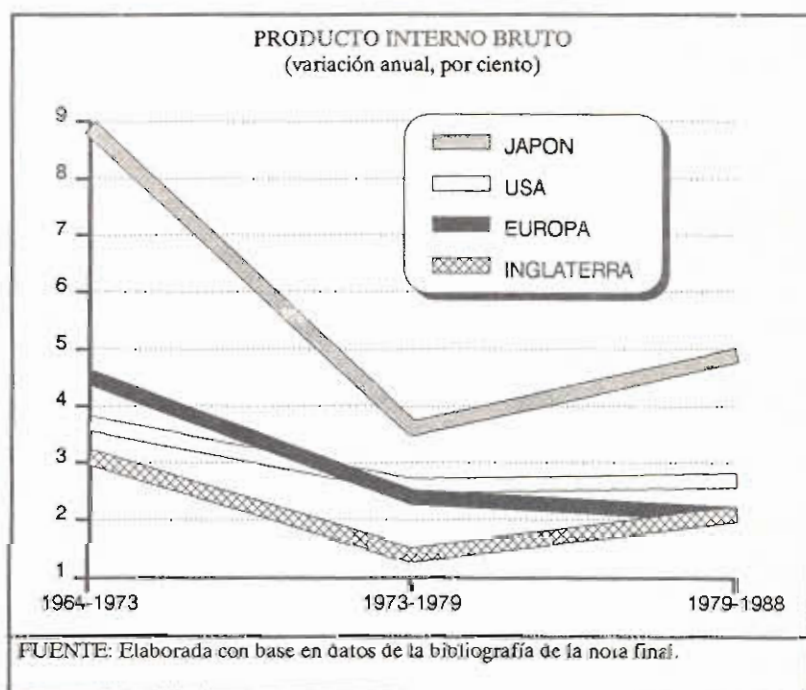
Gracias a Margaret Thatcher y a su esfuerzo por revitalizar las fuerzas de mercado y dismantelar al sector público, Inglaterra se convirtió en un modelo no sólo para Europa Oriental sino para muchos países en África, Latinoamérica y Asia. Su gobierno, que heredó un bajo crecimiento y una elevada inflación, logró revertir las tendencias de la economía y en 1989 recuperó el paso con el resto de Europa.

El logro más espectacular fue el avance en la producción industrial: entre 1980 y 1988 la producción por trabajador en el sector de la manufactura industrial creció más de 5 por ciento anual; al mismo tiempo, se eliminaron las políticas restrictivas, se debilitó el poder de los sindicatos y se logró la revitalización de la capacidad empresarial. Al perder fuerza los sindicatos, el mercado de trabajo se liberalizó; las huelgas se volvieron escasas y cuando ocurrían, frecuentemente fracasaban. Otra innovación fue la reorganización de la salud pública y la educación como mercados inter-

nos, es decir sujetos a la competencia; los enfermos que no podían pagar debían esperar. Actualmente todas las escuelas y algunos hospitales manejan sus propios presupuestos.

Margaret Thatcher es sin duda el símbolo más acabado de la corriente neoliberal de principios de los ochenta, emparentada con el reaganismo y caracterizada por su retórica nacionalista. Los fundamentos ideológicos de la política de Thatcher eran pocos, elementales y simples: el estímulo más importante que mueve a los seres humanos es el dinero, no porque la avaricia los domine sino porque el dinero les permite tener un mayor control de sus propias vidas. En lo que se refiere a la política exterior, ésta fue guiada por tres principios claros: mantener su defensa fuerte, ser una aliada leal y no ceder ante el terrorismo.

Desde el punto de vista de la economía política, Thatcher adoptó el modelo monetarista como una



forma de disminuir la inflación. Este modelo, basado en operaciones matemáticas de extrema complejidad, parte de postulados relativamente sencillos. Considera que la cantidad de dinero que circula es una variable importante en la elevación de los precios y por ello de la inflación. El Estado puede controlar esa cantidad, pero la tarea económica de éste debe limitarse al control de los precios, los que deben mantenerse estables como una forma de alcanzar la prosperidad. La única atribución legítima del Estado sería la emisión monetaria; de acuerdo con la lógica monetarista, si se reduce la cantidad de dinero circulante la inflación disminuye. El Estado entonces tampoco debe intervenir en la fijación de las tasas de interés, los salarios o la producción real. Estas variables debían ser establecidas por el mercado, es decir por el juego de la oferta y la demanda. Así, la señora Thatcher estaba decidida a abandonar las estrategias keynesianas de corto plazo, en favor de medidas que se pensaba mejorarían a largo plazo el comportamiento de la oferta. Entre las medidas claves seguidas se tiene: la simplificación administrativa, la eliminación del control de precios, de los ingresos y del movimiento de capital, la transferencia de propiedad del sector público al privado, y la reducción del poder de los sindicatos. El partido conservador, dirigido por Margaret Thatcher, estaba convencido de que las medidas de posguerra anteriores a 1979 se concentraban en los objetivos a corto plazo para mantener el empleo a costa de todo, incluso de la productividad y la eficiencia.

Sin embargo, no todo fue sobre ruedas. Los primeros resultados de la aplicación de esas medidas fueron catastróficos; en 1981 el producto nacional bruto (PNB) descendió 4 por ciento y la producción industrial lo hizo aún más; asimismo, el porcentaje de desempleo se duplicó. En suma, el único problema que se había controlado era la inflación. A los cinco años el gobierno conservador renunció a controlar la cantidad de circulante. El número de quiebras empresariales aumentó de manera considerable y la inflación pudo contenerse sólo durante un periodo limitado; ello debido también a factores externos como la reducción de los precios mundiales de las materias primas. Poco después, sin embargo, la producción comenzó a ascender violentamente al tiempo que el desempleo aumentaba.

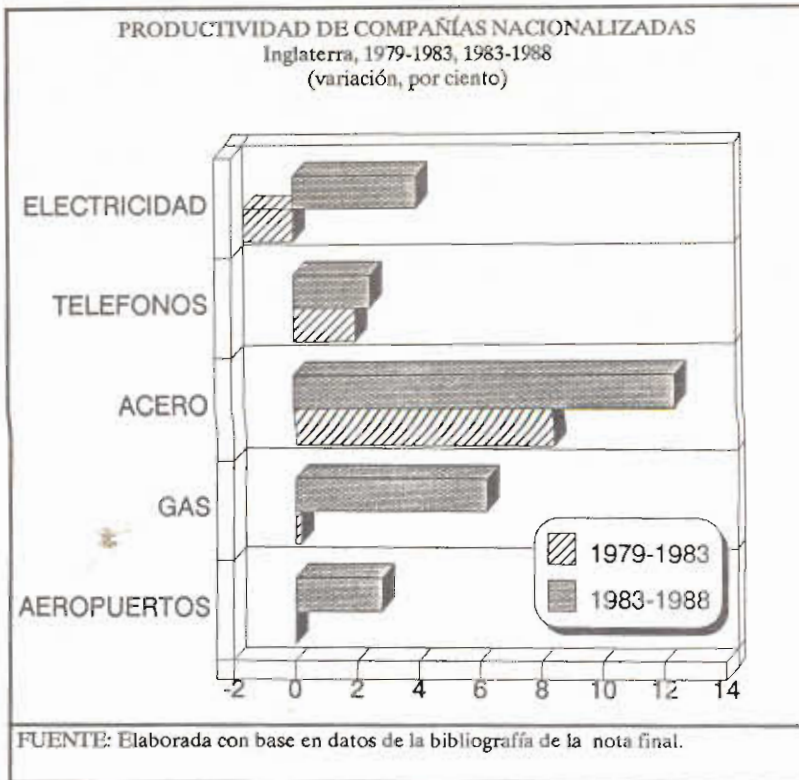
El gobierno de Thatcher no transformó al país de la noche a la mañana, pero inició un cambio profun-

do. Entre 1960 y 1979 la productividad inglesa era menor a 3 por ciento anual, el más bajo de la Comunidad Económica Europea. Entre 1979 y 1989 aumentó a 4 por ciento y pasó a ocupar el tercer lugar en importancia de la Comunidad Europea. Este aumento se había logrado, efectivamente, sin que el Estado subsidiara las empresas, sino estimulando la competencia entre las firmas por capital y clientes. Las ganancias de los empresarios y gerentes aumentaron de 17 por ciento en 1979 a 60 por ciento en 1989 por libra extra. La intervención del Estado se redujo a las exenciones fiscales. A partir de 1981 la economía británica creció más rápidamente que la de Francia y Alemania, países que han seguido también una política de privatización y simplificación administrativa. El crecimiento es especialmente claro desde el punto de vista de la demanda, sobre todo si se toma en cuenta el bajo nivel de la década de los 70 y principios de los 80 e incluso de principios de los 60.

LA PRIVATIZACIÓN

En parte, las victorias logradas en el sector de la producción de Gran Bretaña se debieron a la privatización que inició en 1981. Thatcher ha sido considerada la más efectiva dirigente de la privatización que ha existido. En 1987 la venta de empresas estatales se había elevado a 19 mil millones de libras. La mayoría de las empresas fueron vendidas hacia mitad de los 80 cuando ya operaban con ganancias o estaban a punto de hacerlo pues el sector privado no hubiese comprado empresas que operaran con pérdidas y no hubiesen mejorado su funcionamiento. Thatcher se encontró con innumerables obstáculos para llevar a cabo la privatización: la venta de British Airways significó cinco años de lucha contra la legislación norteamericana hasta que la señora Thatcher logró directamente de Reagan que se llevara a cabo una investigación jurídica que finalmente logró remover los obstáculos. La venta de la British Steel fue severamente criticada porque se consideró que se había invertido tanto para mejorar su funcionamiento y aumentar su competitividad a fin de poder venderla, que muchos se preguntaban si no sería mejor que permaneciera en manos del Estado.

La privatización más importante, hecho poco conocido en el extranjero, ideada en 1980 por Michel



Heseltine, fue en el terreno inmobiliario; 850 mil casas de interés social, que eran propiedad del Estado, pasaron al sector privado con un valor de 12 mil millones de libras, mientras que hasta 1987 se habían recibido solamente 7 mil millones de libras por las ventas en el sector industrial (de los cuales el 51 por ciento venía de la venta de la Compañía de Teléfonos). Para la compra de las casas se ofrecieron créditos hipotecarios con el fin de crear un nuevo grupo de pequeños propietarios. Los arrendatarios de las casas propiedad de los consejos municipales podían comprarlas al terminar los contratos de arrendamiento con plazos desde uno hasta cinco años de duración, con una reducción en el precio que iba de 33 hasta 50 por ciento dependiendo del tiempo que llevarsen rentando la casa. Esa oferta fue válida durante dos años y sólo era necesario un depósito inicial de 100 libras para garantizar la compra. Al cabo de los dos años se compraba la casa o bien se regresaban las 100 libras. También era posible comprarse una sección de la vivienda, si no se tenía el dinero para una casa completa. El problema fue, paradójicamente, que la operación resultó tan exitosa que pronto se agotaron los fondos para financiar las hipotecas. El 62 por ciento de las compras de las casas de interés social se hicieron de esta forma. En 1984 una ley otorgó un descuent-

to de 50 por ciento en el precio de una casa para quienes la hubieran arrendado durante más de 20 años y el 60 por ciento para quienes lo habían hecho durante más de 30 años. Se aumentó, además, la protección de los arrendatarios y la ayuda para las reparaciones. Esta operación no fue tan espectacular porque tuvo lugar en un espacio de tiempo más o menos largo. Aunque el Estado pagó una buena parte de ello, los costos fueron menores o iguales que los de las otras privatizaciones.

Ahora bien, la emisión de acciones más grande que hasta ahora ha tenido lugar fue la de la Compañía de Teléfonos (Telecom). La estrategia para su venta fue planeada con precisión. En primer lugar se creó una escasez artificial de acciones y a los trabajadores de la compañía se les concedieron precios especiales. Los especuladores pudieron al día siguiente de las ventas vender sus acciones con un 90 por ciento de ganancia. En Gran Bretaña 12 por ciento de las acciones de Telecom fueron compradas por empresas japonesas y norteamericanas (Morgan Stanley).

La privatización de la industria eléctrica se inició el 21 de noviembre de 1990. El gobierno británico fijó el precio de venta de 12 compañías regionales de distribución eléctrica, la más grande operación de privatización planeada por la Thatcher, en vísperas de su renuncia. El precio total será de 5.18 mil millones de libras. Más de 7.3 millones de británicos han solicitado acciones que inicialmente se otorgan con descuento y en ciertos casos se conceden acciones gratuitas. Se esperan beneficios promedio del 8.4 por ciento. Nunca antes el interés del público había sido tan grande, con la excepción de la venta de la Compañía de Gas (Pritsh) en 1986. La emisión de acciones se distribuirá en un 34 por ciento a los pequeños accionistas, 46 por ciento a las instituciones financieras y 20 por ciento a las instituciones extranjeras. En otros casos Gran Bretaña no ha imitado la política nacionalista de Japón; así, por ejemplo, Jaguar y British Aerospace están ahora prácticamente en manos de extranjeros. En menor medida esto es también verdad para Rolls Royce, British Airways y British Gas. Los accionistas son en todos los casos grandes consorcios.

EL OTRO LADO DE LA ECONOMÍA

La crítica más profunda al gobierno de Thatcher se basa en que su política ejemplifica no solamente las virtudes, sino también los defectos de la economía de mercado, apoyada como está en un radical individualismo. Paralelamente a los triunfos económicos, la tasa de desempleo ha permanecido muy alta, incluso después de la recuperación de la crisis de 1986; la brecha entre la distribución de los ingresos y el bienestar ha aumentado; y el productor local no cuenta con protección, por lo que sus compradores potenciales pueden preferir hacer sus compras en el extranjero o al sector público. Esto último provoca conflictos adicionales entre las empresas privadas y las públicas. El desempleo ha ido acompañado de severos recortes de personal entre los trabajadores calificados en muchas regiones del país y es más alto que en Estados Unidos y más alto aún que en Japón, si bien es más bajo que el promedio de la Comunidad Europea.

El argumento más favorecido en pro de la privatización es la protección del consumidor ante los monopolios estatales. Sin embargo, en muchos casos el gobierno ha transferido un monopolio público a manos privadas sin cuidar que se respeten los derechos de los consumidores. Por ejemplo, en el caso de Telecom no existe competencia, ya que continúa siendo un monopolio que concede un trato privilegiado a los empresarios sobre los consumidores. En cambio los servicios se han deteriorado y los precios han aumentado: el precio de una llamada telefónica local en Gran Bretaña es el segundo más alto en el mundo, después de Bélgica. Uno se pregunta si esto ocurrirá también en México. Las protestas de respeto al consumidor se antojan míticas también, ya que, a diferencia del resto de los países europeos, no se han ampliado sustancialmente los derechos ni las normas de seguridad del consumidor. En los últimos años el poder de los consumidores frente a los intereses económicos y las grandes corporaciones ha disminuido, a pesar de que el gobierno repite incesantemente que la transferencia de bienes del sector público al privado ha sido un gran logro para los intereses de los consumidores, arguyendo todo el tiempo que la eficiencia ha aumentado gracias a una mayor competencia.

Ahora bien, la privatización de las casas de interés social sí parece haber sido a favor de los ciudadanos de menores recursos. Las facilidades para hacerlo eran grandes y muchas personas hicieron uso de ellas. Pero también es cierto que otras muchas quedaron sin techo justamente porque sus escasos recursos les impedían comprar a pesar de todas esas facilidades. El problema de la vivienda, sobre todo en las grandes ciudades, comienza a tomar dimensiones de subdesarrollo.

A la vuelta de 1991, ya no es novedad para nadie que Gran Bretaña se encuentra en plena recesión. La producción cayó 3 por ciento entre el primero y el segundo semestre de 1990, las inversiones y el PNB han descendido en uno por ciento, las ventas al menudeo hasta 1.1 por ciento y el desempleo sigue aumentando (solamente en Londres se registró en febrero más de un cuarto de millón de gente sin trabajo). Se cree que para estabilizar la tasa de inflación se tendrá que volver a las altas tasas de desempleo de mitad de los ochenta, cuando era dos veces más alta que la actual y muy pronto el gobierno buscará desesperadamente bajar las tasas de interés. De hecho, la razón principal de la reciente entrada de Gran Bretaña al Sistema Monetario Europeo (SME) es que esto último resultará menos difícil. Pertenecer al SME significa que cada uno de los 11 países que pertenecen a éste debe renunciar a una larga serie de derechos nacionales: determinar el valor de su moneda, decidir la cantidad y el tipo de impuestos, establecer las tasas de interés y el monto del déficit presupuestario, decidir los términos de los préstamos hipotecarios y los límites de las tarjetas de crédito. Todo esto tendrá que ser negociado dentro de los límites de la Comunidad Europea. Esto no era del agrado de la Sra. Thatcher, pero no era posible seguir esperando. Sus críticos indican que, debido a su terquedad, el ingreso de la Gran Bretaña al SME se hizo en un momento inoportuno, dado que la libra estaba sobrevaluada. Se ha argumentado incluso que la causa por la que Inglaterra sufre una de las mayores recesiones se debe a la sobrevaluación de su moneda.

La inflación actual se atribuye al extraordinario crecimiento del crédito en los últimos años de la década de los ochenta y a la ausencia de medidas de prudencia y de cierto tipo de regulaciones comunes de

crédito en el sistema bancario. Si los conservadores, con John Major a la cabeza, quieren mantenerse en el poder deben asegurarse de que tanto la inflación como las tasas de interés descendan antes de las elecciones de mediados de 1992.

Las críticas más acerbas vienen de aquellos economistas que consideran que la lucha contra el desempleo debe ser el objetivo más importante de la política económica y que lamentablemente olvidan tomar en cuenta la inflación que la acompaña. Por el razonamiento económico inverso (el Estado debe luchar contra la inflación) las estrategias económicas de la Thatcher se asocian invariablemente con el desempleo. El gobierno ha sido también acusado de mantener políticas económicas que han destruido la producción de las manufacturas británicas, con lo que el país se ha vuelto dependiente de la importación de estos artículos por primera vez desde la Revolución Industrial.

Por esas y otras razones muchos se han preguntado cómo fue posible que los británicos hayan soportado tantos años a Margaret Thatcher. Hay que recordar que a su llegada al poder el imperio británico atravesaba por una lamentable situación. Los ingleses comenzaron a vivir y a volverse sobre su glorioso pasado, avergonzados de la decadencia de su país y deprimidos ante las perspectivas. En 1950 el producto interno bruto por persona, en términos de poder adquisitivo era más del doble que el de Japón y 70 por ciento mayor que el de Italia. En 1980 Japón e Italia lo habían superado, lo que significaba que el nivel adquisitivo de los británicos había descendido, y que no sólo la calidad de su alimentación había mermado, sino que sus carreteras, escuelas y hospitales, estaban más congestionados y deteriorados, y los estadios de fútbol más peligrosos. En 1974 la derrota de Heath con la huelga de los mineros llevó a los líderes y a la vieja burocracia a la conclusión de que Gran Bretaña era ingobernable. Los conservadores culpaban a los laboristas y a la nacionalización llevada a cabo por ellos del desastre económico de su país.

CAUSAS DE SU CAÍDA

Los analistas reconocen por lo menos cuatro causas que en conjunto contribuyeron a la estrepitosa caída

de Margaret Thatcher en noviembre de 1990. La primera y más obvia fue su errada política con relación a la Comunidad Europea, es decir su actitud obstaculizante y su obstinación en conservar potestades y derechos que pertenecen a un pasado nacionalista que no va de acuerdo con la realidad del nuevo orden productivo, financiero y comercial. La segunda causa es el continuo descontento popular ante el impuesto patrimonial (*poll tax*) que no respeta las diferencias de ingreso y obliga a pagar lo mismo al pobre que al rico. (Otro problema con este impuesto es que requiere una maquinaria burocrática sumamente complicada y costosa, más cara que la recolección de basura en todo Londres). Estas dos causas son de sobra conocidas en el extranjero y han sido comentadas abundantemente en la prensa internacional.

Una tercera causa, bastante menos conocida, es el hecho de que el gobierno de Thatcher venía planeando desde hace varios años la privatización de los servicios de salud, que son un justo objeto de orgullo nacional. El caso es que los médicos mismos, aunque miembros conspicuos de la élite y en general partidarios de las medidas económicas de Thatcher, creyeron que estaba yendo demasiado lejos y comenzaron a ejercer una presión considerable. Finalmente, muchos observadores de lo que ocurre tras bambalinas dentro del partido conservador han insistido en el hecho de que el primer ministro, quien depuso y humilló tantas veces a sus ministros y subordinados, provocó con ello que a lo largo de los años se creara una serie de silenciosas alianzas contra ella en el seno del partido. De hecho, hay quien opina que la caída de Thatcher fue un ardil del mismo partido conservador para mantenerse en el poder, adoptando por una parte los modales afables y la retórica moderada de John Major (actual primer ministro y líder del partido) e iniciando una revisión del impopular "impuesto patrimonial".

JUICIO HISTÓRICO

En los resultados de su política hay elementos positivos y negativos. Si se les compara con la mediocridad de los logros de sus predecesores los resultados parecen formidables. Sin embargo, el éxito de Thatcher es difícil de evaluar. Sus políticas económicas aumentaron la producción a largo plazo notablemente un amplio

programa microeconómico en relación con la oferta para hacer más eficiente la economía y medidas macroeconómicas para luchar contra la inflación. La reducción de la inflación de 18 por ciento en 1980 a 3 por ciento en 1986 significó un costo muy alto en la producción y en el empleo. Desde fines del año pasado Gran Bretaña tiene el índice de inflación más alto entre las grandes potencias y se encuentra sumida en severa recesión. Las causas principales se atribuyen a las altas tasas de interés hipotecario, así como al ya mencionado impuesto padronal. Está muy difundida la opinión de que Inglaterra no se recuperará en los próximos años, sino en el mejor de los casos a finales de los noventa.

Al final de su mandato el sentido de la estrategia política pareció abandonar a Margaret Thatcher. De ninguna otra manera puede explicarse su obstinado rechazo a la Comunidad Europea y su insistencia en mantener el impuesto padronal. Margaret Thatcher no permitió que su gabinete tomara decisiones económicas; durante muchos años Gran Bretaña no pudo ingresar al SME por culpa de ella. Esto provocó varias renunciaciones de ministros. Margaret Thatcher parece no haber aprendido nunca el arte de conciliar enemigos o de ganar amigos por razonamiento; la imagen que quería dar de Inglaterra expresaba más bien su visión metodista y victoriana.

Por otra parte, ningún primer ministro en este siglo, con la excepción de Lloyd George, ha usado de manera más burda el patronazgo: el uso del sistema de honores, es decir el conceder títulos honoríficos o de nobleza a aquellos periodistas y hombres de negocios que cooperaban pecuniariamente con el partido conservador. Hace 70 años la venta de títulos nobiliarios por Lloyd George provocó un escándalo y desencadenó varios procesos políticos. Actualmente la venta de los títulos se hace de manera más discreta, pero sigue existiendo una correlación directa entre aquellos que ceden grandes cantidades de dinero a los *Tories* y aquellos que reciben altos títulos honoríficos. En la primera fase del gobierno Margaret Thatcher, fue del sector industrial de donde más pares y más caballeros fueron armados. Todo ello muestra el profundo nivel de corrupción. Ser nombrado caballero cuesta unas 150 mil libras y llegar a par del reino más o menos el doble. El partido conservador, que se presentó paralelamente a la ascensión de Thatcher como

el partido de las reformas radicales, situando a los laboristas de manera injusta frente al orden establecido, ha perdido popularidad debido a su incapacidad para satisfacer las demandas de nuevas escuelas, hospitales y entrenamiento para los empleados. Las estructuras de estas instituciones de tradición victoriana (escuelas, hospitales, transportes comunes y prisiones) están a punto de derrumbarse. Además, un 30 por ciento de la población no ha recibido ningún beneficio del Thatcherismo. La escasez de viviendas es alta, la criminalidad ha aumentado así como la mendicidad en los centros urbanos.

Su espíritu aguerrido y belicosidad la convirtió en un león entre los lobos en el Parlamento; ningún otro primer ministro había peleado tan aguerridamente. Es conocido el placer que la primer ministro experimentaba humillando a amigos y enemigos. Su incapacidad para aceptar sus errores personales hacía que frecuentemente destituyera a miembros de su gabinete achacándoles los errores de decisiones que ella misma había tomado. Su educación metodista imprimió un ritmo en sus discursos, de tal manera que estos provocaban fuerte impresión en sus oyentes aunque en muchos casos consistieran en afirmaciones banales. Los estudios psicoanalíticos que sobre ella se han hecho hablan de una pésima relación con su madre y un desprecio total por las tareas femeninas, hecho que dificultó sus relaciones con el resto de las mujeres: no admitió a ninguna en su gabinete y rivalizaba frecuentemente con la reina. No pasará a la historia del feminismo por haber adoptado aquellos ideales, comportamiento y actitudes masculinos que cualquier ser humano con sentimientos nobles rechazaría, y porque, entre otras cosas, los salarios de las mujeres fueron entre 40 y 50 por ciento más bajos que los de los hombres. El thatcherismo, que para muchos británicos significó la tabla de salvación que curaría de la humillación y la decadencia a su país, se basó en un hecho psicológico: Thatcher no se preocupaba porque se le quisiese, convencida de que en política el respeto y el miedo son más efectivos que el cariño y el afecto.

Al iniciarse la era de Margaret Thatcher, ésta definió los problemas de Inglaterra como el exceso de colectivismo, burocracia, impuestos y obstáculos administrativos. Estos problemas, afirmaba, se resolverían cuando la economía de mercado liberara al in-

dividuo del Estado. Una década más tarde los problemas de la Gran Bretaña son radicalmente diferentes: muy pocas inversiones nacionales, excesivamente poco presupuesto para entrenamiento, educación, investigación y desarrollo, pocos servicios y aún menos justicia social. Thatcher permitió la existencia de un mayor número de propietarios de sus viviendas pero también el mayor número de individuos sin techo. Aunque el número absoluto de pobres ha descendido, el abismo en la distribución de los ingresos se ha hecho más profundo. El número de pordioseros y de gente durmiendo en las calles que no se incluyen en las estadísticas de Londres es la prueba más visible de que la pobreza ha aumentado a partir de los años setenta. Todo ello muestra la ineficiencia de las fuerzas del mercado para, por sí solas, resolver todos los problemas. El Estado es necesario como catalizador y coordinador de la investigación, el entrenamiento y la transferencia de tecnología. Las políticas monetaristas aplicadas tienen costos políticos y sociales muy altos y logros económicos dudosos. El hecho incuestio-

nable de que el país se encuentra en plena recesión puede significar quizás el fin del culto al *laissez faire* absoluto, de la glorificación del dinero fácil, del culto a los *golden boys*, la proliferación de los *yuppies* y la substitución del trabajo honesto por la especulación.☞

NOTA

Este trabajo se basa principalmente en artículos de los números más recientes de *The Financial Times*, *The Economist*, *The New Statesman and Society*, *The Guardian*, *Le Monde*, *Le Monde Diplomatique* y *The Observer*. Se utilizaron asimismo los siguiente libros: *The Economic System in The UK* de M. J. Brech y Derek Morris (Oxford University Press, 1987), *La oferta monetaria* de Meghnad Desai (Fondo de Cultura Económica, 1989), *The economy under Mrs. Thatcher* de Geoffrey Maynard (Osford, Basil Blackwell, 1986), *Privatisierung: Alternativenzur Staatswirtschaft* de Edouard Cointreau (Dusseldorf, ECON, 1987), *Does Privatization Work? Lessons from the UK* de Matthew Bishop and John Kay (Centre for Bussiness Strategy, London Busines School, 1989), *Safe as Houses: An Examination of House Ownership and Mortgage tax Relief* de Margaret Drabble (Londres, Chatto & Windus, 1990) y *Where there is Greed...* de Gordon Brown (Edimburgo, Mainstream, 1989).